



CAPÍTULO I.

ORIGEN DEL UNIVERSO.

ARTÍCULO I.

Dios, feliz en su tranquila eternidad, no tenía necesidad de crear el mundo; mas quiso crearle, y trazó por fin de la creación su gloria, disponiendo que las criaturas cooperasen á tan alto designio.—Cómo llevó á cabo su traza.—El Hexámeron y el sistema moderno respecto de la formación del mundo.

Dios, raíz y principio de todas las esencias, que encierra en sí la razón suficiente de su infinito ser; Dios, causa original y primada, sin cuya intervención fuera de todo punto inexplicable la existencia del mundo universo; Dios, antes que voltease la pesadumbre de la tierra alrededor de su eje, y las olas del mar templasen sus hervores en lo blando de las arenas; Dios, antes que centellasen los golfos de luz, y de ella se englobase la candente masa del sol, y se descogiese por esos cielos la inmensidad de la bóveda transparente; Dios, antes que le fuese el cielo trono y la tierra peana de sus pies, desde los siglos eternos moraba en su lumbre inaccesible, infinitamente glorioso, magníficamente bienaventurado, y descansaba deleitándose en la gloria de sus excelentísimas perfecciones, sin que la grandeza de su bienaventuranza pudiese recibir mejoría ni menoscabo.

Su ser era vivir, su vivir entender, su entender amar, su amar gozar, su gozar ser, y su ser tal y tan perfecto, que no podía tener mayor ni mejor, gozan-

do en sólo su naturaleza una inmensa posesión de bienes, y valiendo su simplicísima esencia por millones de millones de esencias. Vivía Dios bienaventurado, y por ningún caso pudiera turbarse la plenitud de su gozo. Comprendía en sí todas cuantas perfecciones se conciben posibles, suma luz, suma bondad, suma virtud, suma hermosura, suma eternidad, sumo poder, suma unidad, suma sabiduría: todos estos bienes sumamente estaban en él; por que siendo causa primera, de quien todas las demás debían tener dependencia, contenía eminentísimamente las perfecciones de las cosas á quienes podía dar ser, sublimándose su excel-situd sobre las coronas de las más encumbradas naturalezas. Pudiendo, pues, ejercitar, en sí infinito amor, infinita sabiduría, infinidad de gozo, ¿qué falta le hacía la máquina del universo para ser perfectamente feliz?

Mas Dios, que tiene por naturaleza ser infinitamente bueno y altísimamente comunicable, aunque ningún rastro de bien ni ventaja pudiera sacar de la creación de las cosas, pues le hace totalmente dichoso la plenitud del bien que en sí posee; todavía, como sea su esencia tan digna de ser conocida, amada y adorada, quiso levantar del abatimiento del no ser á la alteza de la existencia á multitud de criaturas, que, recibiendo destellos de sus atributos, los reverberasen por el mundo y mos-

trasen por doquier el imperio de su magnífica gloria. Que si algo trataba de hacer, á su gloria debía enderezarlo. Nó que le fuera forzoso mendigar loores de las criaturas, siéndose él su propio conocimiento y amor con que cumplidísimamente se beatifica; pero, á la manera que se acrecienta la gloria de un príncipe con el ser conocidas, alabadas y respetadas sus armas, virtudes y fuerzas; así también fuesen más en número los seres pregoneros de las perfecciones divinas, y girando el cielo, y floreciendo la tierra, y obediendo los elementos, y lozaneando las plantas, y luciendo los astros, y dando voces los animales, y loando los hombres, más la noticia creciese, más se enardeciese el amor, y más gloria en fin, le acarreasen sus extrínsecas operaciones. Y como con la altura del fin deban las obras coronarse, y no pudiendo el primer autor dejar de ser el principalísimo fin de todas cuantas obras se propone hacer; fuerza era que Dios en la creación del mundo no buscara más que su gloria. ¿Qué otro bien fuera digno de tan gran majestad? ¿Cuál otro pudiera apetecer su deseo ó ambicionar su poder? ¿Acaso el de la criatura, inferior sin comparación al bien de Dios? De su divina majestad era ordenar toda la perfección de los seres al fin de su propia gloria.

Especialmente que mirar á su divina gloria era tener cuenta con el bien de sus criaturas, como quiera que la gloria suma de él está en el sumo bien de ellas, y el supremo bien de ellas no puede ser sino la suprema gloria de él; porque es Dios tan bondadoso, que con su gloria siempre junta lo útil ajeno, y no tiene por cosa indigna de su majestad procurar el buen ser de todas las criaturas.

Esta glorificación consíguela de la racional mediante los actos de cono-

¹ P. LEONARDO LESSO: *De perfect. divinis*, l. xiv, cap. iii.

cimiento, de amor y de gozo. Pero también las irracionales engrandecen á públicos pregones al Señor de la majestad, quier convidando con el sustento y preparando morada á los seres racionales, quier principalmente señalando á estos por menudo las gracias del Criador y solicitándolos á que canten con gozo y regocijo sus grandezas y le den himnos de reconocimiento. Es el mundo un gran teatro labrado con maravilloso artificio. En él ostentan Dios la munificencia de su poder en la variedad y verdor de los campos, dibújanos su grandeza sin término en la inmensidad de los mares, pintanos su amable bondad en la lindeza y fecundidad de las plantas, en los instintos de los animales descúbrenos la solitud de su adorable providencia, en los resplandores del sol y en los cursos de los astros hace gala de su extrema franqueza, en los volúmenes sin cuento que por los espacios se explican refiérenos las maravillas de su soberana Omnipotencia; en fin, en todo lo alto, largo y profundo del universo, nos enseña estampados unos como vestigios de aquella sin igual bondad con que despierta, convida y apremia nuestro conocimiento y afecto á entender, amar y glorificar al Hacedor de todas las cosas. «¿Quién no se pasma de ver este mundo como un hermoso templo de Dios? Los cielos colgados de lámparas y con sus luces brillantes están haciendo señas á los hombres para que vayamos allá. La tierra sacrifica sus frutos, y los ofrece primero á Dios que á los hombres, levantándolos en alto en las aras y altares naturales de sus mismos troncos, procurando cuanto puede avecerarlos al cielo, cuyo camino nos está como con el dedo mostrando. Las aves hacen música desde sus coros de las matas y árboles, enseñándonos á alabar al Criador. Todas las criaturas están publicando que tienen un Autor y gover-

nador sapientísimo, aunque invisible y escondido.» Todo esto es del P. Juan Eusebio Nieremberg¹.

Y baste lo dicho para dar alguna razón de la existencia de esta universalidad de cosas que á nuestros ojos resplandece. Entremos en el cómo llevó Dios á fin las trazas de su bondad. Ni se juzgue por temerario el deseo de escudriñar sus inapeables consejos. De ellos danos puntual noticia el primer capítulo del Pentateuco, escrito por el caudillo del pueblo de Dios, Moisés, contra cuyo Hexámeron han desatado sus lenguas y soltado sus plumas los modernos positivistas, poniendo mácula en el esplendor de su limpiísima verdad. Y pues tenemos guía tan diestro, démosle la mano, y nos llevará desde el principio hasta el cabo de la creación con toda seguridad. Mas á fin de ilustrar nuestro camino, y de justificar los pasos, y verificar las paradas y vistas varias que en él se ofrecen, bien será tomar por norma el sistema, que hasta el presente ha prevalecido con más aplauso entre los sabios que han tratado sobre la constitución del mundo.

En esta hipótesis es de advertir que su autor, Laplace, si bien se aprovechó de las luces de otros no vulgares ingenios, no la inventó con intento de defender, ni por semejas, la verdad de las divinas Letras. Deísta era, enemigo de la religión sobrenatural, y aun de ateo le ha tachado la censura de algunos escritores: mal podía ser la Santa Biblia en sus manos arma defensiva; mas Dios nuestro Señor, que sabe enderezar la malicia de sus adversarios en provecho de su santa causa, trazó de manera las cosas, que podamos los católicos, con sólo ser razonables, demostrar facilísimamente que el sistema de Laplace, lejos de enflaquecer la gallardía y vigor de la divina Escritu-

ra, se compone bien con ella, y la realza y hace subir en quilates; cuánto más si fuese del todo verdadero. No nos toca salir en defensa de la teoría de Laplace, ni recomendarla, ni reprobarla, sino sólo, admirando lo elevado de sus conceptos y lo osado de sus vuelos, hacer ver claramente cómo está tan lejos de encontrarse con el Hexámeron de Moisés, que antes parece fingida y adornada para procurarle mayor autoridad.

ARTÍCULO II.

Exposición del sistema de Laplace. — Circunstancias de la nebulosa solar; recibe movimiento, y engendra anillos planetarios. — De los planetas se desprenden satélites. — La tierra y la luna. — La nebulosa sideral.

EL todopoderoso Dios crió en el principio de las cosas grandísima cantidad de materia, homogénea, sutil, liviana, extremadamente rara. Según el pensamiento de Laplace, que sólo quiso tratar de la formación de nuestro sistema planetario, «el sol era en su estado primitivo semejante á una de esas nebulosas, que el telescopio nos pone á la vista, compuestas de núcleo más ó menos resplandeciente rodeado de una nebulosidad, que, mediante la condensación de la superficie, se convierte en estrella²». Así como Kant había imaginado una nebulosa formada de partículas independientes, que estando en reposo empezaron á circular alrededor del centro, Laplace, por el contrario, suponía el centro solar formado, sólido ó líquido, envuelto en una atmósfera de gas elástico. M. Faye considera la nebulosa planetaria compuesta de materia tan extremadamente fina, que el aire que queda, hecho el vacío, en la máquina neumática, es, en su comparación, 250 millones de veces menos

¹ De la *Hermosura de Dios*, lib. II, cap. I.

² *Exposition du système du monde*, 1836, p. 550.

denso. Ocupaba espacio diez doblado del que va del sol á la órbita de Neptuno, si es que Neptuno sea el postrero de los planetas de nuestro sistema.¹ El mismo pensamiento sigue Jacob Ennis.²

La diferencia que hay de estos autores á Kant, es que la nebulosa de Kant, desgajada del caos universal, comenzó á moverse en virtud de ciertas fuerzas nacidas en su interior; pero la de Faye trae su rotación del movimiento mismo que tenía al desprenderse del caos primitivo.³ Antes de engendrarse Neptuno, el radio de la mole material antedicha no bajaría de 10,000 millones de leguas, siendo, por consiguiente, su peso total algunos quintillones de kilogramos, cual es en el día de hoy, y ha sido siempre, el peso de todo el sistema.

Este vastísimo globo, que tenía su extrema superficie confin con el campo que ahora ocupan las estrellas más cercanas, tan luego como recibió el primer impulso, comenzaron á moverse en su interior los átomos materiales; excitados por causas activas, gravedad, cohesión, afinidad, atracción, repulsión, atraíanse los más vecinos, juntábanse dos, tres, cuatro, formábanse puntos menudísimos de moléculas; crece el número de partículas, topan, huyen, suben, bajan, tornan, se revuelven alrededor de centros particulares sin parar un punto con universal confusión en medio de una obscuridad espantosa.

Propagada la actividad de parte en parte, creció principalmente en el centro, que era denso, según M. Laplace, antes de empezar á rodar sobre sí la nebulosa. No señaló éste la causa de su rotación, como tampoco la de su condensación central, sino es que la

hiciera dependiente de la atracción, como á M. Wolf le parece.¹ Es en el día de hoy común opinión de los astrónomos ser el sol el último grado de condensación á que llegó la nebulosa antigua; por eso hacen cuenta los más, que no era sólido ni líquido cuando se desunían de su inmensa mole los anillos planetarios; y de ahí les viene juzgar que era frísima y sumamente dilatada su masa cuando recibió el primer impulso para moverse: y si M. Croll la creyó excesivamente ardorosa y producida por el choque de dos masas sólidas, frías y oscuras que circulaban por el espacio,² su manera de sentir es generalmente desechada de todos los sabios. M. Faye, describiendo el caos primitivo, dice así: «El caos general, en cuyo seno nació el Universo presente, era desde el principio presa de vastos movimientos que le partían y desmenuzaban en muchos pedazos. En las entrañas de estas dilatadas corrientes y de estos inmensos ríos del caos, fueron naciendo aquí y allí torbellinos causados por las diferentes velocidades de las direcciones contiguas, al modo que pasa en las corrientes de nuestra atmósfera ó de nuestros ríos». Quién dió el primer impetu á los movimientos caóticos, no lo declara este egregio astrónomo; pero su fe en la creación nos dirá, cierto, que el dedo del Criador fué quien primero movió el caos y dió la dirección determinada.

Movíase, pues, y rodaba sobre sí misma la nebulosa, atrayendo nuevos átomos á su núcleo y paseándolos consigo por los espacios. Forzados de la gravitación y del enfriamiento exterior, tendían los de la superficie á derribarse en el centro y á condensarse, en tanto que daban vueltas á la re-

donda en torno suyo. Y pues las moléculas, así solicitadas, proseguían con la ligereza de antes, y la propia comunicaban á sus vecinas y éstas á otras, y unas respecto de otras corrían con diversa velocidad á proporción que era diferente su distancia del centro; hacia esta diversidad de movimientos que disminuyese la gravitación de las más distantes y aumentase su fuerza de proyección, ensanchándose el ecuador y aplanándose los polos, y reduciéndose á elipsoide de revolución la que era en un principio masa indigesta, informe y tosca.

Llegado el punto en que las dos fuerzas centrífuga y centripeta, que mantenían en equilibrio y abalanzadas las partes extremas del ecuador, se desequilibraron, y cuando alcanzó la centrífuga tanto mayor pujanza cuanto giraba la nebulosa con más presteza; incapaz el centro de regir y de tener sujetas las moléculas de la periferia, dejólas correr libremente, y por virtud de la fuerza tangencial, este anillo de materia molecular, destrabado, comenzó á girar á sus anchas por el espacio, no sin rendir vasallaje á la nebulosa mayor. «La atmósfera del sol, dice Laplace, no puede explayarse indefinidamente; allí tiene sus límites donde la fuerza centrífuga, debida al movimiento de rotación, contrasta á la gravedad; y, á la medida que el enfriamiento aprieta la atmósfera y condensa en la superficie del astro las moléculas que le están próximas, el movimiento de rotación crece; porque, siguiendo la ley de las áreas, la suma de las que describe el radio vector de cada molécula del sol y de su atmósfera, y que se proyectan en el plano de su ecuador, es siempre la misma; y por eso la rotación ha de ser tanto más veloz cuanto las moléculas más se acercan al centro del sol. Y como la fuerza centrífuga es así mayor, también el punto en que la gra-

vedad es igual á ella está más cercano al centro. Suponiendo, pues, que la atmósfera se extendiese hasta su límite, y eso es natural y razonable, se sigue que al enfriarse debió de abandonar las moléculas situadas en ese límite y en los límites sucesivos producidos por el acrecentamiento de la rotación del sol. Las moléculas abandonadas prosiguieron rodando en torno de este astro, pues que su fuerza centrífuga había ajustado el equilibrio con la gravedad. El anillo suelto siguió, pues, la misma suerte que la mole principal, viniendo presto á convertirse en esferoide gaseiforme, y volteando con movimiento de rotación enderredor de su propio eje, y de traslación en torno de la masa mayor.

Con qué linaje de artificio los anillos atmosféricos venían á convertirse en globos, es punto obscurísimo en este sistema. Porque señoreados por la fuerza de atracción interna y expuestos al incesante enfriamiento, ó bien podían sin romperse encrasarse y llegar á formar anillo sólido, ó bien podían quebrarse en varios pedazos. Lo primero debió de ser cosa muy rara, como se ve en Saturno. «Casi siempre (añade Laplace) cada anillo de vapor hubo de partirse en muchas masas, y éstas, movidas de velocidades poco diferentes, prosiguieron circulando á la misma distancia del sol.» Las masas aisladas que alcanzaban redondez y movimiento giratorio en el mismo sentido de su revolución, constituyeron otros tantos planetillas vaporosos. Empero si uno de ellos poseyó tan grande mole que atrajese á sí las fuerzas de los otros, y lograse hacer con ellos un solo cuerpo, entonces de la junta de todos resultó un planeta de enorme volumen. Este fué el caso más común; del primero nos dan ejemplo los planetillas situados entre Marte y Júpiter, si ya no son restos de un planeta que reventó y se deshizo en muchos tro-

¹ *Sur l'origine du monde*, 1884, chap. xii.

² *Physical and mathematical Principles of the Nebular Theory*, Phil. Magazine, 1877, ser. v, t. iii, p. 262.

³ *Théorie du ciel*, p. 97.

¹ *Les hypothèses cosmogoniques*, 1866, p. 21.

² *On the probable origin and age of the sun*, Quarterly Journal of science, 1877, t. lv.

³ *Sur l'origine du monde*, chap. xii.

zos. Para dar alguna razón de la mudanza en cuerpos redondos de los anillos elípticos, el sabio Newcomb ha propuesto la traza siguiente. La nebulosa solar se contrajo de tal suerte, que los polos se allanaron, y el ecuador se vino á ensanchar y á reducirse á un disco liso y delgado. De este disco se desasieron los anillos concéntricos con suma facilidad, condensándose muy luego los interiores y á su tiempo los exteriores, que eran más anchos y voluminosos ¹.

Tenemos ya, que este ramo de nebulosa, que digo, descuadrado y libre, con el correr por el espacio y á causa de las dos circunstancias que ayudaron á espesarle, la atracción y el enfriamiento, despedía por el ecuador henchido y rebosante otros anillos de masa; sueltos ellos, escoltaban su carrera á ciertas distancias, siempre atados á la masa central. Así se formó Neptuno y sus dos satélites: no de otra manera fraguáronse los otros planetas. Porque ahora que la nebulosa solar, aligerada su masa y mermado su volumen, apresuraba los pasos, tenía más propensión á contraerse, y así daba lugar á que creciese la fuerza centrífuga de la superficie ecuatorial; y ésta sembraba por la anchura de los cielos montones de materia, y se recogía más al centro cuantos más en número eran los pedazos que de ella se desceñían. Seguían éstos su curso redondeándose, y eran primero luminosos, soles ardentísimos; de gaseosos pasaban al estado líquido, después al sólido; yendo por grados la atracción y el enfriamiento, se apagaban, y, finalmente, se reducían al volumen y estado que hoy en día contemplamos. La misma fortuna cupole á Urano con sus ocho satélites, á Júpiter y sus cuatro, á Saturno que tiene ocho y doble anillo, á los asteroides, á Marte

¹ Popular Astronomy, p. 513.

que tiene dos, á la Tierra con su luna, á Venus, á Mercurio, á los planetillas intramercuriales; que juntamente con los meteoritos, y añadida la masa del sol, componen aquella misma cantidad de materia caótica que dijimos, aunque muy sin comparación más apretada y concreta.

Siguiendo los cálculos de M. Trowbridge, el día que se engendró el anillo de Neptuno, la nebulosa solar albergaba un núcleo muy condensado. Probablemente, dice M. Wolf, más de la mitad de la masa estaba encerrada dentro de la órbita actual de la Tierra; y la mayor parte de esa mitad recogida dentro de la órbita de Mercurio ². Consecuencia necesaria de esto es que la atmósfera nebular fuese una pequeñísima parte de la masa total. El radio que tenía la mole entera, al tiempo en que nuestra tierra se desprendió y comenzó á revolverse por los espacios, ocupaba veinte millones de leguas, á saber, cuanta es la distancia que corre del Sol á Marte; con que la densidad de su materia sería $\frac{1}{48}$ del aire, ó sea tres doblado más liviana que el hidrógeno ³: en este punto la nebulosa solar había adelantado lo bastante en la tarea de su condensación para haber despedido de sí los seis planetas mayores.

Pues al tocarle á la tierra su vez, dió pronto ser á la luna. El cómo ésta nació no carece de dificultad; porque siendo de 60 radios terrestres actuales su alejamiento de la tierra, no era posible producción de anillo exterior. M. Roche supone que habiéndose soldado de la tierra un montón de materia nebular por el extremo del eje mayor, que tenía 60 radios, sin suficiente velocidad, volvió á meterse en ella, en el interior de la tierra nebulosa; y allí se quedaría nadando en la atmósfera hasta que, creciendo la den-

¹ Les hypothèses cosmogoniques, p. 36.

² ZIMMERMANN: Le monde avant la création, 1864.

sidad terrestre y recogióndose al centro su masa, el montón lunar huiría y continuaría libre en su revolución. Despedía la tierra á la sazón luz mortecina; con el voltear se enardeció, volviéndose resplandeciente y bañó y alegró con sus fulgores á su único satélite. Éste brillaría luego por su parte con igual viveza; poco á poco templárase la luz de entrambos; la luna, por ser menor, perdería presto fuerzas y calor en su carrera. También se quedaría enlutada la tierra, si bien diz que guardó en sus entrañas el horno de fuego robado á la nebulosa solar.

Si ahora imaginamos que el número sin número de globos que andan sobre nuestras cabezas se desataron así de masas inmensas, y vinieron á constituir sistemas siderales con cortejos de planetas, satélites y cometas, y formaron un número numerosísimo de soles, mayores cada uno tal vez que el de nuestro sistema; si emparentamos, como quería Kant y pensaba también Faye, y Laplace no lo contradecía, nuestro sistema con los sistemas sidéreos, y les damos á todos nacimiento y origen común; si fingimos una nebulosa única preñada de los millones de soles que llenan con su claridad todo el ámbito de los cielos; la imaginación se asombra y fatiga, y es apenas poderosa para concebir la balumba de tan colosal esfera y la infinita potencia de la mano que de nada la sacó: y sube de punto la admiración, si advertimos que disponíalo todo el sumo Hacedor en número, peso y medida, y daba á cada astro sus debidas dimensiones, y sujetábalos á leyes de mecánica divina, y ordenaba cada sistema con su conveniente proporción, y señalaba á cada globo su curso y correspondencia con los demás, de manera que libradas las fuerzas resultase el orden, hermosura y perfección de todo el universo.

Á este grandioso pensamiento se

han levantado algunos generosos ingenios. Descartes le debió á sus maestros ¹, Kant le vendió como propio ², Laplace le barruntó ³, otros modernos le han subido hasta las nubes, los compendios de Astronomía le dan por cierto ó indubitable; cuál sea su valor, adelante se dirá. En la materia del origen del universo la humana curiosidad necesita alguna solución de que poder asir, buena ó mala, por contentar el ansia de saber.

ARTÍCULO III.

Qué pruebas se alegan en favor de este sistema.—Reformas.—Seguidores de esta teoría.—Intento del presente libro.

PERO si discurrimos por los fundamentos en que se apoya la expuesta teoría tocante al sistema planetario, muy de otra manera debemos sentir. Cuán conforme sea á razón y á experiencia, lo prueba primeramente el ser cosa muy digna de Dios criar los seres en su más tosca rudeza, y hacer que los átomos simplicísimos, dotados de fuerzas, se juntasen para componer los cuerpos elementales. Éstos, como nos amuestra el análisis espectral, entran á la parte en la constitución del sol y de los principales planetas, y son en un todo conformes con los que en la tierra poseemos; y así, no sin motivo, se atribuyen á los globos de todo el sistema unos principios y un modo de producción. Juzgalo, entre otros, el esclarecido P. Ángel Secchi, en su tratado sobre las *Estrellas*, último parto de su fecundísimo ingenio.

Demás de esto, la forma esferoidea de los cuerpos celestes, de la tierra particularmente, parece avisar que su estado primitivo fué líquido ó gaseoso; y una masa fluida, aislada y nadando

¹ Discours de la méthode, premiere partie.

² Théorie du ciel, p. II, chap. VII.

³ Exposition du système du monde, p. 530.

en un fluido más sutil, viene á encogerse y á redondearse del todo. Fuera de que el ensanchamiento del ecuador y el abajarse de los polos, hartas prendasson de la rotación de la masa nebulosa al condensarse lenta y gradualmente.

Añádase el caminar los planetas más apartados del sol mucho más despacio que los más inmediatos, y discurrir por sus órbitas en mayor duración de tiempo. Porque Neptuno gasta 165 años, Urano 84, Saturno 29 y $\frac{1}{2}$, Júpiter unos 12, los planetas telescópicos cosa de cuatro, Marte casi dos, la tierra un año entero, Venus siete meses y medio, Mercurio 88 días, Vulcano y Plutón unas pocas semanas (si es verdad que son planetas); donde es evidente que la revolución de cada planeta crece con el radio vector, verificándose, según la magnífica ley de Keplero, que los cuadros de los tiempos son como los cubos de las distancias, pues que distando Neptuno del sol 30 radios de la órbita terrestre, el cuadrado de sus 165 años de revolución viene á ser igual al cubo de 30, expresión de su distancia.

También la densidad respectiva de los globos habla muy alto en favor de Laplace. Los planetas que se allegan más al sol son los más densos, y el núcleo del mismo sol es macizo según la común opinión; las moles planetarias más lejanas pesan menos respectivamente. Cosa maravillosa es que la densidad media de los varios planetas venga á ser 0,20, la del sol 0,25; es decir, casi iguales ambas; y esto ya Kant lo notó¹. No menos se hace claro que en esta teoría los planetas exteriores deban ser los más antiguos y los que primero se enfriaron. La razón misma persuade que la masa del sol ha de superar en grandezza á todos los planetas juntos, porque mínimas eran las partes lanzadas por la nebulosa, comparación

¹ WOLF: *Hypoth. cosmog.*, p. 11.

hecha con la mole total. En el día de hoy sabemos que el volumen del sol es de 1,521 billones de miriámetros cúbicos, cuando entre planetas y satélites apenas dan por junto un volumen de tres billones.

Señal también de verdad en este sistema es el correr los planetas en la misma dirección que el sol, el morar en órbitas concéntricas y casi en un mismo plano, y el seguir en sus movimientos de revolución y de rotación el mismo sentido que el astro central; porque, aunque la fuerza centrífuga pugnaba por arrancarlos de su centro, la centripeta llevábalos presos, y los obligaba á caminar con dirección á la fuente manantial de donde salieron. ¿Quién dirá que conveniencias tan notables sean debidas á causas irregulares, y no á una causa general y constante? Y aunque veamos algunas órbitas muy inclinadas sobre el ecuador solar, y otras de satélites formando ángulo crecido con los campos de sus planetas, y algunos globos dotados de movimiento retrógrado, anomalías semejantes deben achacarse á perturbaciones posteriores y á desvíos particulares, que no hay lengua que lo explique. Así razonaba Laplace cuando apenas eran conocidos treinta globos de nuestro sistema; ahora que se ha divulgado la fama de doscientos cincuenta y seis, y vemos que siguen las leyes de los otros en sus cursos y situación, ¿cuánto mayor no será la eficacia de los argumentos?

Otra prueba de la validez del sistema han querido descubrir en las nebulosas muchos astrónomos. Son las nebulosas unas masas siderales, al parecer informes y sin límites determinados, de corpulentísimo volumen, de pequeña cantidad de materia; las hay elípticas, otras espiraloides, otras ramificadas y de formas irregulares, abrazando tal vez dos y más grados; y dado que no pocas de ellas, como se

ve, se deshacen fácilmente en puntos brillantes menudísimos, y el monumental telescopio de Rosse en 18,8 resolvió muchísimas, calificadas antes por irresolubles; pero en 1864 Huggins dejó bien asentada la existencia de nebulosas, que, por constar de materia fluida, era imposible repartirlas en masas luminosas. Pues, á juicio de los defensores de Laplace, las llamadas planetarias, por ser vistas en figura de disco de suave resplandor, representan el estado original de la nebulosa que engendró nuestros planetas, así como otras que se descubren menos lúcidas figuran al vivo el estado anterior y caótico. Mas sobre no poder la astronomía rastrear aún el lazo de unión que relaciona las estrellas con las nebulosas, faltan ejemplos de las transformaciones que requiere el sistema de Laplace; al contrario, el único caso de transformación que hemos presenciado hasta nuestros días, ha sido el de una estrella convertida en nebulosa¹.

Finalmente, la termodinámica ayuda á dar realce al sistema expuesto. El sol disminuye sin parar su diámetro, y consiguiente es de pensar que en siglos anteriores era más voluminoso que hoy. Al paso que consume calor y fuerzas, como lo demostró Helmholtz, se debilita y encoge; pero suminístrale su mismo encogimiento calor bastante para restaurar los ardores que por la radiación cada día va perdiendo. Podemos establecer que su masa actual dilatada llenó con su dilatación la órbita de Mercurio, y antes la de Venus, y primero la nuestra, y más dispada en tiempos lejanos la de Neptuno; en cuya órbita, si estaba en el cero absoluto la nebulosa solar y fué calentándose por grados, para llegar al extremo de calor que ahora sustenta ha debido de pasar veinte largos millones de años, como M. William Thomson calculó.

Estas razones, así someramente indicadas, parecen salir por fiadoras de la bondad del sistema. Gravísimas son las dificultades á que da lugar la formación de los anillos, que es punto muy principal de Laplace: dejadas éstas aparte, pues no son de este lugar, gran papel de inconvenientes ha escrito el astrónomo Faye á esta invención, ofreciendo al estudio de los sabios otra que, en parte, sigue opuesto rumbo, cual si aquélla no respondiese bien á las pretensiones de la ciencia actual. No es esta ocasión de notar las diferencias de entrambos sistemas. Basta saber que no faltan autores que, sin salir de los principios de Laplace, pretendan dar suficiente solución á todas las objeciones de M. Faye¹. Por el contrario, á M. Faye le forman estos capítulos de acusación: 1.º, la imposibilidad de formarse anillos separados, pues el modo de formación que supone pide que los anillos dieran sólo lugar á corpúsculos planetarios; 2.º, lo arduo de concebir cómo se juntaba en uno la masa total de los anillos para producir planetas; 3.º, el hacer para Urano y Neptuno cuenta aparte en la formación, siendo tan parecidos á Saturno y á Júpiter en la masa y volumen; 4.º, el origen de los cometas, que Faye atribuye al sistema solar; 5.º, el no hacer caso de la clasificación natural de los planetas.

Á cuál de los dos se deba la palma es difícil juzgarlo en definitiva. Está la astronomía en vías de progreso; escasísimas son aún las noticias de la formación nebular. Así y todo, la teoría de Faye, que no obscurece la excelencia de la de Laplace, y á lo sumo la modifica y completa, válidamente confirma con nuevos argumentos el principio nebuloso de los globos planetarios enseñado por el autor de la *Exposición del sistema del mundo*. Sería entrar en muchos espinares si echáse-

¹ La *Controverse*: 1885, p. 369.—WOLF: *Les hypoth. cosmogon.*, 1886, chap. iv.

¹ WOLF: *Les hypoth. cosmog.*, p. 3.

mos sobre nuestros hombros la obligación de hacer buena esta flamante hipótesis. Podemos afirmar que su principal fundamento queda todavía en pie, ni ha habido hasta hoy astrónomo que haya desuistrado del todo su probabilidad. Las reformas y reparos que se le han hecho, sólo versan sobre el modo y orden de formación de los planetas y satélites de nuestro sistema solar.

Aprueban esta teoría y encarecen su mérito Pianciani, Hamard, Pesch, Arduin, D'Estienne, Gagnet, Secchi, Meignan, Moigno, Roche, Hinrichs, Wolf, Carbonnelle y otros sin cuento sabios de mucho viso, que con sus aprobaciones llenas de loores han celebrado el tino de este sublime pensamiento. No contemos los Tratados de Astronomía, que, no satisfechos con darle más peso y autoridad que su propio inventor le atribuyó, el cual no quiso que su hipótesis gozase de más estima que «la que se merece una enseñanza que no es fruto de la observación ni del cálculo matemático»,¹ fin-gen conceptos que él ni tan siquiera soñó, á fin de subir al cielo el precio de la invención. Por eso, si hasta el presente, por fortuna, esta hipótesis se ha hecho tan glorioso lugar entre las opiniones ilustres, que ninguna otra alcanzó á su crédito y estimación;

¹ *Exposit. du syst. du monde.*

es muy de temer que, según corre hoy la ciencia, venga día en que, trocada la admiración en vilipendio, pongan los sabios en ella las manos y la dejen por anticientífica al escarnio de los siglos por venir. Pujantes adversarios, como Lyell, Wagner, Winke, Ludwig, Faye, vemos ya cómo la tratan; quién de hipótesis mal prevenida y escasa, quién de explicación desvariada; unos castigándola por sentencia calumniosa, otros significando que disparates no podían forjarse tamaños, otros baldonando á su inventor y seguidores.

No será ocioso advertir aquí que, tocante á esta teoría, como en otras muchas acaece, el espíritu nacional tomó siempre cartas, y deslumbró á encomiadores y á detractores. El patriotismo ha guiado no pocas veces la pluma de ingleses, alemanes, franceses, italianos, españoles, impulsándolos, sin apenas ellos echarlo de ver, á desdorar invenciones ó doctrinas nacidas en suelo rival, y á sublimar las propias con altanera ponderación. En medio de tan desacordadas voces, haciendo nosotros corro aparte, nos contentaremos con demostrar que esta teoría, la más boyante en nuestro siglo, sobre la creación del mundo, tan lejos está de oponerse á la cosmogonía de Moisés, que antes es su más esplendorosa confirmación y su glorioso ensalzamiento.



CAPÍTULO II.

EL HEXÁMERON Y LAS COSMOGONÍAS PAGANAS.

ARTÍCULO I.

Dos bandos contrarios: los mitólogos racionalistas ensalzan las cosmogonías paganas.—Concepto que á los católicos merecen.—Cosmogonía de Moisés.—Con ella parte convienen y parte no las cosmogonías paganas.—Expónese la caldea.

INCREDIBLE es el furor que enloquece á los modernos racionalistas haciéndolos culebrear con mil revueltas mañosas, con intento de poner en evidencia que no es el Pentateuco obra auténtica de Moisés. M. Wellhausen sustenta la negativa, asentando que el Pentateuco fué compuesto después del cautiverio de Babilonia. No es de nuestro propósito entrar en liza con este error; vea quien quisiere con qué sagacidad deja burlados los artificios de su adversario el esclarecido Vigouroux.¹ Baste tocante al Génesis afirmar que, por una parte, los egiptólogos no se hartan de hallar en Egipto pruebas de la autenticidad de este primer libro de la Biblia; y, por otra, los asiriólogos, de acuerdo con ellos, se cansan de demostrar la falsedad de otros cualesquiera autores.² Con qué linaje de atrevimiento escribió Drapper, y tradujo D. N. Salmerón: «El Génesis es una narración basada en leyendas...; todo el Pentateuco no es histórico, ni mosaico»³,

¹ *La Controverse*, 15 Juillet, 1887.

² VIGOUROUX: *La Bible et les découvertes modernes*, t. 1, p. 123.

³ *Hist. de los Conflictos*, cap. VIII.

quede á la consideración del prudente lector.

Dejada aparte esta controversia, dos escuelas contrarias y belicosas guerrean en nuestro siglo sobre el valor de la cosmogonía de Moisés. Pretende la una que el sagrado escritor en el componer el Génesis no hizo más que buscar con estudio, juntar en uno y sacar á luz las tradiciones populares que en su tiempo corrían de la constitución del universo; la otra, por el contrario, celebra á Moisés por autor original excusándole la nota de plagiarlo. Los Santos Padres de la Iglesia católica y los mitólogos cristianos más antiguos abundaron en este segundo sentido, cuando ayudados de las tradiciones de los pueblos, pusieron de manifiesto á la ceguedad pagana la consonancia que tenían con el libro de Moisés, y el exceso que éste lleva á todo cuanto en aquéllas se contiene.

Que las tradiciones paganas escondan en las sombras de sus mitos prendas de las primeras enseñanzas de Dios, ninguno de sano juicio osará negarlo. Niéganlo, con todo, y no lo sufren muchos mitólogos y filólogos modernos, y se empeñan en hacer ver cómo el paganismo, lejos de haber sido la depravación y el envilecimiento de la naturaleza humana, ha sido su deificación y glorioso encumbramiento. No quieren conceder que el paganismo es causa paciente, no

agente: no aciertan á considerar que representa la prostración espiritual y moral del hombre después del pecado; no reparan que la mitología es el olvido de Dios y de la antigua revelación; no acaban de persuadirse que los dioses gentilicios en sus extrañas proezas vienen á reproducir envueltos en figuras simbólicas los sucesos de los primeros hombres del mundo; en fin, cuéstaes confesar cosa tan clara como que las cosmogonías paganas encierran buen número de verdades mosaicas, y que éstas las contienen á ellas con eminencia, sin que sea posible negarlo y no cerrar los ojos á la luz. Era muy de esperar que la ciencia anticristiana levantase sobre las nubes el precio y estima de las tradiciones antiguas, para más á mansalva deprimir la dignidad y mérito de la obra de Moisés, y apagar, si pudiera, el vivísimo resplandor que tanto le da en los ojos. Muchos y valerosos escritores, Darrás, Sepp, Lasaulx, Luken, Hettinger, Vigouroux y otros, han aunado sus fuerzas y consagrado su estudio á combatir estas novedades de los presentes racionalistas.

No hay para qué entrar de lleno en el cotejo de las cosmogonías; tarea, sobre molestísima, ajena de nuestro intento. Pero razón será presentarlas como en un cuadro á vista del lector, para que, parando en ellas, eche de ver cómo los rayos que despiden son muy hijos de aquel hermosísimo sol de la divina verdad, que centelleó en el Edén, y en la narración de Moisés se reverbera y vibra majestuoso. Tenga el lugar de preferencia la cosmogonía mosaica, trasladada la versión castellana del Ilmo. Sr. D. Felipe Scío de San Miguel, que dice así:

« 1. En el principio crió Dios el cielo y la tierra.—2. Y la tierra estaba desnuda y vacía; y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo; y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas,

—3. Y dijo Dios: Sea hecha la luz: y fué hecha la luz.—4. Y vió Dios la luz, que era buena; y separó á la luz de las tinieblas.—5. Y llamó á la luz día, y las tinieblas noche; y fué la tarde y la mañana un día.—6. Dijo también Dios: Sea hecho el firmamento en medio de las aguas, y divida aguas de aguas.—7. Y hizo Dios el firmamento, y dividió las aguas que estaban debajo del firmamento, y fué hecho así.—8. Y llamó Dios el firmamento cielo, y fué la tarde y la mañana el día segundo.—9. Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo del cielo en un lugar, y descúbrase la seca. Y fué hecho así.—10. Y llamó Dios á la seca tierra, y á las congregaciones de las aguas llamó mares. Y vió Dios que era bueno.—11. Y dijo: Produzca la tierra hierba verde, y que haga simiente, y árbol de fruta que dé fruto según su género, cuya simiente esté en el mismo sobre la tierra. Y fué hecho así.—12. Y produjo la tierra hierba verde y que hace simiente según su género, y árbol que da fruto y que cada uno tiene simiente según su especie. Y vió Dios que era bueno.—13. Y fué la tarde y la mañana el día tercero.—14. Dijo también Dios: Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el día y la noche, y sean señales, y tiempos, y días, y años.—15. Para que luzcan en el firmamento del cielo y alumbrén la tierra. Y fué hecho así.—16. É hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al día, y la lumbrera menor para que presidiese á la noche; y las estrellas.—17. Y púsolas en el firmamento del cielo para que luciesen sobre la tierra.—18. Y para que presidiesen al día y á la noche, y separasen la luz y las tinieblas. Y vió Dios que era bueno.—19. Y fué la tarde y la mañana el día cuarto.—20. Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y ave que vuele sobre la tierra debajo

del firmamento del cielo.—21. Y crió Dios las grandes ballenas y toda ánima que vive y se mueve, que produjeron las aguas según su especie, y toda ave que vuela según su género. Y vió Dios que era bueno.—22. Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y henchid las aguas del mar; y las aves multiplíquense sobre la tierra.—23. Y fué la tarde y la mañana el día quinto.—24. Dijo también Dios: Produzca la tierra ánima viviente en su género, bestias, y reptiles, y animales de la tierra según sus especies. Y fué hecho así.—25. É hizo Dios los animales de la tierra en su género. Y vió Dios que era bueno.—26. Y dijo Dios: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todo reptil que se mueve en la tierra.—27. Y crió Dios al hombre á su imagen: á imagen de Dios le crió; varón y hembra los crió.—28. Y bendijolos Dios, y dijo: Creced y multiplicaos y henchid la tierra, y sojuzgadla, y tened señorío sobre los peces de la mar; y sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.—29. Y vió Dios todas las cosas que había hecho, y eran muy buenas. Y fué la tarde y la mañana el día sexto.—(Cap. II.) 1. Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ornamento de ellos.—2. Y acabó Dios el día séptimo su obra que había hecho, y reposó el día séptimo de toda la obra que había hecho.»

Un acaecimiento tan insigne y lleno de majestad, como la creación del mundo, justo era que durase impreso en la memoria de los hombres, y corriese de generación en generación sin menoscabo y en su verdadero ser. Mas al diluvio de las aguas sobrevino otro no menos desastroso diluvio de falsedades, embustes y disparates, engendrados por la rudeza y malicia de los hombres, que enturbió la corriente de

la sacrosanta tradición. No obstante, de tal manera fingieron los pueblos á su albedrío la generación de las cosas, que en medio de amontonar descabelladas invenciones, conservaron un mismo fondo original y solariego, y una como base común en que reclinar y amontonar sus recuentos. Por esto dice el esclarecido Hettinger: «Entre la Biblia y las cosmogonías hay tan maravillosa uniformidad, que forzosamente concluimos haber existido una fuente común de tradiciones, donde todos los pueblos bebieron las revelaciones primitivas comunicadas á la cabeza del humano linaje. Lo que ellas refieren del origen del mundo, tomaronlo á par de herencia de su primera patria al separarse y desparramarse por la redondez del cielo, y sobre todo variantes, aunque desfiguradas y mal entendidas, de la tradición universal que se perpetuó sin mácula en la tribu de que Moisés era descendiente.»

No siendo posible traerlas aquí todas por menudo, conviene citar las más principales, para que, cotejadas con la de Moisés, salte á los ojos cuántos puntos tienen de semejanza, y la infinita ventaja que hace la mosaica á todas las demás juntas.

La que más se le parece es la de los caldeos, narrada por Beroso (330 A. C.), sacerdote del dios Belo, historiador babilónico. Los caldeos, llamados por lisonja y sin motivo la primera nación del mundo, pueden preciarse de haberse arrimado en sus historias con más puntualidad que otro pueblo alguno á la verdad tradicional. Da la razón Josefo², declarando que desde las más remotas edades tuvieron cuidado de asentar en sus anales la memoria de los pasados sucesos. Y no carece de misterio que igual diligencia pusieran los chinos sobre dos mil años antes de Cristo, mandando sus gobernantes que

¹ *Apolog. del Cristianismo*: tomo III, cap. IV.

² *Advers. Appon.*

se compusieran luego historias ¹, como si ambos pueblos hubiesen heredado la misma afición y solicitud en conservar archivada la relación de los acontecimientos más memorables.

Beroso, pues, que confiesa haber sacado su cosmogonía de los escritos de Oannes, alambicó y entreveró tantos delirios en su historia de la creación, cuantos no bastaron para oscurecer los divinos resplandores de la verdad tradicional: porque las tinieblas, las aguas primitivas, el nacer en el mar y renacer tantos monstruos, el dividirse los cielos y la tierra, el caos horrendo, la mano de Dios en la ordenación de las cosas, son circunstancias que demuestran con el dedo cuán una era la verdad caldea con la mosaica, por más que la afeasen extravagantes y abominables mentiras. Trae la cosmogonía de Beroso el erudito Eusebio de Cesaréa en esta substancia:

«Un tiempo fué en que las tinieblas y las aguas envolvían el universo mundo. Allí vivían los monstruos y se reproducían, revistiendo las formas de otros que les habían precedido. Hombres había de dos caras, con cuatro alas; en un cuerpo, semblante de hombre y de mujer: unos con pies de cabrío y cuernos en la frente, otros de caballo, como los hipopótamos; también toros con cabeza humana, perros con cola de pescado, caballos cinocéfalos, dragones de varias formas, sirenas y sierpes de mil especies, cuyas figuras se guardan en el templo de Belo. Estos animales caían bajo el dominio de una mujer, que era Talath, ó sea la mar. Así sumergidas las cosas en el caos, vino Belo, cortó á Talath por medio, y de la mitad hizo el cielo, de la otra la tierra, y acabó con los animales precedentes. Todos estos nombres son alegorías que representan la naturaleza de las cosas, y han de

¹ *Anales de la China*, vers. del P. Mailla.

entenderse de la manera siguiente: Cuando el agua cubría el mundo, Dios se cortó la cabeza; otros dioses recogieron la sangre, y la mezclaron con la tierra, y formaron el cuerpo de los hombres, que por eso tienen alma divina. Belo separó las tinieblas de la luz, la tierra del cielo, y aniquiló los animantes que no sufren la luz. Belo mandó á un dios tomase la sangre que manaba de su cabeza, y que amasase con ella barro para formar los hombres y animales. Así crió las estrellas, el sol, la luna y los cinco planetas ¹.

Descubrimientos recientes hechos en Mesopotamia confirman la exactitud histórica de este precioso documento. Los libros asirios no dan tan circunstanciada cuenta como Beroso de la creación de las cosas. Sólo nos queda un capítulo incompleto de un poema caldeo, publicado por Jorge Smith en 1875; se diferencia del mosaico en que nada tiene que responda al primer versículo, donde se expresa la unidad de Dios y la creación *ex nihilo*: empieza luego por la descripción del caos y de las tinieblas horribles, y en esto particularmente concuerda la caldea con las cosmogonías y filosofías más antiguas, que hicieron la materia eterna, y á Dios miráronle sólo como ordenador, no Criador y Hacedor del Universo ². Con ser tanta la diferencia, sobrados son los puntos de semejanza con la bíblica. Ambas hacen memoria del caos, del abismo, del mar, de la materia elemental, del mundo organizado; ambas refieren la fábrica de los astros; ambas notan la división de animales en fieras, mansos y reptiles; y éstas parecen hartas razones para conjeturar que deben ambas á dos su origen á una fuente común. Algunos

¹ *Cronic.*, lib. 1, cap. 1.

² LENOIR: *Essai de comm. des fragments cosmogoniques de Beros.*—OPPERT: *Expéd. en Mésop.*, t. II.—*Smith's Dictioun. of the Bible*; Dagen.

³ DROUX: *Nouv. cours d'Écrit. Ste.*, 1875, t. I.

han dado en decir que la leyenda caldea procede inmediatamente de la Biblia ³; mas siendo en ellas tan diferentes la substancia y la forma, y caminando por tan opuestas veredas, de ningún modo es eso creíble. ¿No es más razón confesar que entrabasson debidas á una misma tradición, adulterada y pervertida á vueltas del tiempo por la fantasía de los caldeos? Porque ser la narración bíblica más pura, más conforme á razón y más hija legítima de la verdadera cosmogonía lo entenderá cualquiera que con ánimo reposado leyere: y por consiguiente la caldea es la que por la pauta de la de Moisés tiene que nivelarse y componer sus pasos ⁴. En otro lugar acabaremos esta discusión.

ARTÍCULO II.

La cosmogonía fenicia.—La persa.—La china.—La japonesa.—La india.—La babiliana.—La malabárica.—La budista.—Notáncse conveniencias y diferencias.

LA Siria tiene sobre los demás países la gloria de haber sido poblada desde muy antiguo por raza indígena y propia. «Otras civilizaciones, dice el clarísimo Darrás, guardaron memoria de señorío extraño, excepto el litoral habitado por los fenicios ⁵.» Sanconiaton, el escritor profano más antiguo tal vez que se conoce, dejónos unos fragmentos, conservados por Eusebio, y en ellos descrita la cosmogonía de los fenicios, tomando, como él propio declara, las noticias de los escritos de Tot, ó sea Mercurio egipcio. Largamente disputan los modernos acerca de la autenticidad de esta cosmogonía. Ninguna dolencia ponían en ella los sabios Es-

calífero ⁶, Grocio ⁷, Huet ⁸, Bochart ⁹, Vossio ¹⁰ y otros. Hace dos siglos empezaron á levantarse dudas sobre la persona de Sanconiaton, achacando sus escritos á Porfirio, el doctor Dodwell ¹¹; á Eusebio de Cesaréa, el ilustrado Lobeck ¹²; á Filon de Biblos, el crítico Segmier ¹³. Pero al Dr. John Jackson parecióle tan livianos los argumentos de Dodwell, que no los juzgó merecedores de refutación ¹⁴. Otros modernos han defendido la autenticidad, en particular Fourmont ¹⁵, Cumberland ¹⁶, Cognet ¹⁷ y Mignet ¹⁸. Por lo común, los enemigos de Sanconiaton son aficionados al estado salvaje de los hombres primitivos. Pero hasta aquí no hay razones bastantes que menoscaben la estimación que á los sabios ha merecido la autenticidad de la cosmogonía fenicia.

Sanconiaton, pues, natural de Beirut, deseoso de dar á luz la historia de la Creación, investigó las más viejas escrituras, de Hermes en particular, y recogió lo que hacía más á su afición y deseo. He aquí la cosmogonía que logró enhebrar, según que la trae Filon de Biblos citado por Eusebio ¹⁹: «El principio universal de los seres es el soplo del Espíritu obrando en las tinieblas del confuso caos. Los elementos, infinitos en su esencia, permanecían, siglos había, en su estado de infinitud. Cuando el espíritu ardió en deseo contemplando sus princi-

¹ De Emendat. tempor.

² Ver. relig. Christ.

³ Demonst. Evangel.

⁴ Chanaan, l. II, cap. II.

⁵ Traité des hist. grecs.

⁶ Diss. sobre la hist. fenic. de Sanconiaton, 1681.

⁷ Aglephamus, 1820, t. II.

⁸ Ann. de Philis. Chrétienne, 1829, t. XVIII.

⁹ Antiquités égyptiennes, 1753, vol. III.

¹⁰ Réflexions Chr. sur l'hist. des anciens peuples.

¹¹ Sanconiaton's Phœnic. history.

¹² Origine des lois.

¹³ Mem. sur les Phéniciens.

¹⁴ Prépar. Evang., l. I, cap. X.

¹ FRÉRET: *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. XVI.—

Smith's Dictioun. of Biogr., t. I.

² VIGOUROUX: *La Bible*, vol. I.—*La Civilité catho-*

lica, serie X, vol. VI, p. 557.

³ *Hist. de l'Eglise*, t. I, chap. II, § V.

pios, consumóse una apretada unión, que dió nacimiento á Pothos. Esta fué la causa primera de los seres. De la unión del Espíritu y de Pothos nació Moth, que es el barro de la tierra, ó la fermentación del agua con la tierra; de aquí brotaron todas las semillas y la generación universal. Salieron luego los animales, y de ellos las criaturas inteligentes. Éstas tenían por forma principal el huevo. Entonces pareció Moth en su transformación más esplendente en los astros y planetas. Á causa del vigor de los rayos solares se levantaron en la atmósfera vientos, nubes y lluvias, y de su concurso rayos y truenos. Al rebramar la tempestad despertaron los seres racionales, y comenzaron á moverse, repartidos en dos sexos, por tierra y mar. Estas son cosas que hemos hallado en los libros de Tot acerca del principio de los seres. Hasta aquí el autor fenicio.

Cuya relación, traída á comparación con la bíblica, queda muy inferior, y parece ridícula y desatinada, siendo así que muchos escritores la hacen anterior á Moisés, ó siquiera de su edad. Mas es muy de notar cómo afirma el principio del tiempo, y presupone la confusión del caos, y establece la producción de los animales, é introduce el amor como fuente manantial de todo ser, aunque luego desdora tan hermosas verdades con vanas consejas, y aun las profana con formales impiedades. Porque, tras de mencionar aquel caos, que no pudo borrar de la memoria de los hombres ningún humano ingenio, á guisa de ateo descarado urde toda una trama de fábrica universal, sin hacer memoria de Hacedor ni de gobernador que la ordenase y rigiese. Era gentil, y á su ingenio astuto cuadraba, por el crédito de la idolatría, negar á más no poder y embrollar ropaseando todo cuanto pudiera ser contrario á la pluralidad de los dioses. Sin embargo de

eso, el no menos mañero Voltaire tuvo osadía para calumniar la narración de Moisés llamándola plagio de la fenicia.

Zoroastro es comúnmente reputado por uno de los más antiguos filósofos de la Persia. Dúdase en qué siglo vivió. Santes de Lidia le pone seis siglos antes de Jerjes; Plutarco, en el quinto antes de la guerra de Troya; Eusebio le cree contemporáneo de Semíramis. No hay duda que es de respetable antigüedad. Habla de Dios como de causa primera y fuente de todo bien. Del dicho de este filósofo infiérese qué concepto tenían los persas de la creación de las cosas. Admitían de muy antiguo dos principios contrarios: uno del bien, llamáronle Hormuzd; otro del mal, por nombre Ariman. Este error de los dos principios expónelo Plutarco en esta forma: Hormuzd nació de la luz, Ariman de las tinieblas; los dos guerreaban entre sí. Hormuzd crió seis dioses inferiores, y con ellos muchedumbre de bienes, á saber: virtudes y riquezas; Ariman, por su parte, otros seis con vicios y males contrarios. Hormuzd creció pujante, y alejándose del sol tachonó el cielo de estrellas, y á todas puso la canícula por guía y soberana. Crió después veinticuatro dioses, y encerrólos en un huevo; pero otros veinticuatro dioses formados por Ariman cascaron el huevo, y de él salió una mixtión confusa de bienes y males. Tiempo vendrá en que Ariman sea destruido y exterminado por el ministerio de los dioses buenos; entonces todos los hombres serán felices y hablarán una sola lengua.

En este relato, que debemos á Plutarco en su Tratado de Isis y de Osiris, descúbrense amontonadas verdades y mentiras. Los seis dioses de Hormuzd parecen ser los seis días ó tiempos de

¹ M. D. ECHSTEIN: *Des sources de la Cosmog.* de Sanchoniastien.

la producción de las cosas. La lucha de buenos y malos parece alusión á la guerra entre ángeles justos y rebeldes, que se ha conservado en tantos pueblos debajo de formas diversas. Fué semilla ésta de los dos principios tan fecunda en malos frutos, que engendró las grandes herejías de maniqueos, marcionitas, paulianitas, y aun dura en sus depravados efectos entre los chinos y países orientales.

Los persas modernos guardan una creencia que estiman de antigua fecha. Según ella, reparten la formación de las cosas en 365 días, de la manera siguiente: en 55 días fueron hechos los cielos, en 63 las aguas, en 65 la tierra, en 37 los vegetales, en 80 los animales, en 65 el hombre. Anquetil Duperron estudiando el Zend-Avesta halló por su cuenta esta distribución: Hormuzd en 45 días fabricó el cielo, en 65 la tierra, el agua en 60, los árboles en 40, en 80 los animales, en 75 al hombre. Y dando razón de lo que imaginó, dice que Hormuzd, rey grande, es fuente de vida, según los persas, que sobre él reina el tiempo eterno, deidad superior, de cuyas entrañas salió Hormuzd no menos que Ariman; aquél criando primero los cielos y los espíritus, y éste fraguando el mundo material con todos los seres vivientes. Todo esto fué criado, dice Anquetil, mediante una palabra llamada *Honover*. Con este artificio pensó Anquetil descubrir en la cosmogonía de los persas modernos la creación en seis días, la distinción entre la divinidad y las criaturas, el monoteísmo, el reflejo de la Trinidad y de la revelación, Hormuzd, el Espíritu de Hormuzd y la Palabra de Hormuzd.

Anquetil Duperron, orientalista francés del siglo pasado, viajando por la Persia, á fuerza de exquisitas diligen-

cias, aunque falto de medios científicos y engañado de sus maestros, quiso publicar una versión del Zend-Avesta, que á los ojos de los críticos modernos es de escaso ó de ningún valor. Lo que dice del *Honover* es pura falsedad. *Honover* es ni más ni menos una fórmula precatória muy usada por los Parsis. Anquetil, traduciendo el capítulo xix del Yasna, en vez de *oración* puso *Verbo*; y donde Hormuzd dice que pronunció esta *plegaria* y se la enseñó á Zoroastro antes de criar el cielo y la tierra, Anquetil, dando vuelo á su fantasía, escribe que Dios crió el cielo y la tierra por medio de su *Verbo*, de cuya ruin versión se aprovechó el incrédulo Marius para escarnecer atribuyendo á origen persa el Logos de san Juan.

Pero viniendo á la división de los días, no la conoció la antigua Persia. El Avesta sólo habla de la creación como de un acto único; quien menciona división de días es el Bondehesch, que pertenece al siglo vii; la memoria de épocas distintas data de la Edad Media. Esto es lo que demostró el eruditísimo Harlez en la *Revista católica* de Lovaina en 1882. Á judíos, á cristianos, á la Biblia, débese cuanto de los persas se dice. Zoroastro, que viajó por Babilonia y conoció y aun tuvo en las manos el Génesis de Moisés, sin orden ni plan fijo enhiló su alegórica descripción: si no, digamos que la cosmogonía persa es una exorbitancia y corruptela de la generación de las cosas reveladas á los primeros hombres del mundo.

Los chinos, curiosos y diligentes, como dicho queda, en compilar anales y anotar en ellos los menudos acacimientos de su vida política, hasta dos mil años antes de nuestra era, andu-

¹ HARLEZ: *Dictionnaire apologetique*, art. *Verbe divin*.

² *La personnalité du Christ*.

³ *La Controverse*, t. iv, p. 442.

¹ *Hist. de la Philos. payenne*, t. 1, chap. iii.

² *Lord: Hist. de la Relig. de los persas*.

³ *Zend-Avesta*, t. ii.

vieron remisos en lo tocante á la creación del mundo. Confucio, que vivió en el siglo v (A. C.) y promovió con ardor y aseguró con leyes el culto y las costumbres patrias, ni una palabra dejó en materia de tanta importancia. Pero los filósofos llamados *Tao-se* resumieron la interpretación de los libros sagrados que corrían en las lenguas del vulgo, y, perdido el miedo á desatinos y falsedades, publicaron sus contones de locuras, que en su extravagancia llevan la nota más visible de su descrédito. Consultados estos únicos comentaristas puede reducirse la cosmogonía china á los puntos siguientes: «Antes de ser las cosas existía la razón, productora, infinita y perfecta. La materia era informe en el caos. La razón hizo y dividió el cielo y la tierra, y perfeccionó todos los seres. La razón primera (Tao) causó la unidad, ésta la dualidad, y ésta la triada, y ésta, en fin, todas las cosas. Las formas materiales son emanaciones de Tao. En medio del caos hubo seres en germen indefinidos, y un principio sutil vivificante, que era la verdad suma. Ésta fué la causa primada y la matriz de todos los cuerpos. Así que existieron el cielo y la tierra, brotaron diez mil seres, luego los dos sexos, después marido y mujer, después padre y madre».

Á la diligencia del sinólogo Pauthier somos deudores en parte de esta versión¹, sacada de los libros chinos llamados *King*, comentados por los *Tao-se*. Sin trasladar aquí muchas noticias que trae el P. Bártoli en su hermosa epopeya del Celeste Imperio, no es para omitido lo que se halla en la obra del erudito Luken, *Les traditions de l'humanité*, tomado de la *Memoria relativa á los chinos*², y es como sigue: «Pan ku, ó el primer hombre,

¹ *Annal. de philol. chrét.*, 1861, Févr.

² Chap. II, lib. I.

³ I. 99-102.

nació del caos, que tenía forma de huevo. El caos tardó diez y ocho mil años en esclarecerse: el cielo se levantaba cada día diez pies, y la tierra se condensaba igualmente, y Pan-ku crecía en la misma proporción, aspirando á ser el espíritu del cielo y el santo de la tierra. Á su muerte la cabeza se trocó en montes, sus ojos se tornaron sol y luna, sus venas ríos, sus cabellos árboles. Jo-hi nació primer hombre, después que su madre hubo borrado la huella de los pies del gigante Pan-ku». Hasta aquí Luken. El Pan-ku ó el macrocosmos de las cosmogonías representa la naturaleza sensible ó el mundo organizado procedente del caos y materia elemental. Fácil cosa es de ver, aun resplandeciendo el monoteísmo en tan groseras transformaciones, cuán infinitamente inferior queda esta cosmogonía si con la de Moisés la cotejamos. Y es que «los rudimentos de la ciencia china, dice el citado Pauthier, son para nosotros como los fósiles descubiertos en las entrañas de la tierra, restos de una fenecida civilización³». Á la vista están los rasgos de semejanza y las huellas de la narración mosaica estampadas en la de los chinos.

Júntese á ella la del Japón, antiquísima colonia suya, que al par de ella profesó la creencia de un ser impartible, invisible, antecedente á la generación de las cosas. Los japoneses contemplan el mundo como una emanación ó ensanchamiento de la esencia divina; y eso que la juzgan inmaterial y digna de adoración por ser origen de todos los bienes. Muchas han sido las sectas que han ido en este mismo pensamiento y contaminado con groseras fábulas la pureza de la verdad; mas en todo caso prevaleció la memoria del suceso de la creación. Por estas palabras resume Luken la

³ *Equisse d'une hist. de la philol. chin.*, p. III.

cosmogonía japonesa: «Al principio el cielo y la tierra estaban unidos, y las aguas se movían en el caos, que tuvo figura de huevo, y atesoraba los principios de las cosas. Las materias livianas y diáfanas formaron el cielo desvaneciéndose, las pesadas se fabricó de elementos más sutil. En el centro moraba *Cami*, espíritu divino; éste germinó de una flor que se levantó entre el cielo y la tierra¹». Mucho le falta á esta relación para ser cabal; otras han reinado en el Japón, fuera de ésta que viene á ser la de los bonzos; en todas parece el agua, el caos, el huevo y el poder del sumo Hacedor. Tema común á todas las partes de la India Oriental es confundir á Dios con el mundo, y juzgar las almas por participas de la substancia divina, y las cosas como una sola; de donde el absurdo panteísmo y el ratero materialismo².

El Manava-Dharma ó libro de Manú, escrito por los bramanes, hijos de los cantores primitivos, doce siglos antes de nuestra era, es el más antiguo de la India. Contiene en dos libros los principios fundamentales de aquella nacionalidad. El primero expone la creación, presentando á Brama sentado en medio de los sabios y explicándoles la formación del universo en esta manera, según que fué traducido por William Jones (1794) y comentado por Engenio Burnouf. «Al principio existía una cosa oscura, no producida antes (a-prata-jatam=in pro-genita), desordenada, abismo vacío, sin vida, lleno de flaqueza. Entonces el ser increado (svayam-bur=a se ens) agitando las semillas y penetrando todo el caos, hizo centellear un huevo. De este huevo nació Brama, el anciano del mundo. Así se originó el principio de las cosas. En el huevo el poder supremo permaneció un año divino. Des-

pues el huevo se quebró. De sus partes formóse el cielo y la tierra, la atmósfera, el abismo de las aguas. El sumo Hacedor hizo salir de su substancia muchedumbre de deidades inferiores, y almas puras y genios sin cuento, señalándoles oficios y obligaciones. Sacó á luz el fuego, el viento, el sol, las estrellas, plantas, montes, valles y llanuras³». Pasma en esta cosmogonía la semejanza y consonancia que tiene con la nuestra; aun la semilla convertida en huevo y éste en seminario del universo mundo, dilatadas las dimensiones, podría ser de tal ensanche que semejase la nebulosa de Laplace. Como quiera, el monoteísmo es palmario; y más claro resplandece en los Vedas, que contienen la creencia de un Dios único, todopoderoso, autor de todas las religiones terrestres. Así lo declaran también los misioneros que han evangelizado aquellos parajes. «Los indios, dice el P. Bouchet, confiesan un Dios perfectísimo, eterno y adornado de excelentes atributos; pero la idolatría mezcló con estas ideas cristianas un montón de hediondas fábulas que deslustran el concepto mismo de la divinidad⁴». Otro tanto se lee en las cartas de San Francisco Javier, apóstol del Oriente, quien oyó de la boca de un bramán, en el secreto de la amistad, el misterio de la existencia de un solo Dios criador del cielo y de la tierra⁵. «Los sabios, añade, celebran como nosotros el día del Señor».

El doctísimo P. Lorenzo Hervás trae en su *Historia de la tierra* la cosmogonía de los banianos, sacada de un libro oriental por título *Shaster*, debido á las diligentes pesquisas del historiador Lord⁶. Refiérese en él la crea-

¹ Extracto del Manava-Dharma, ó sea Leyes de Manú, I, str. IX.

² *Année de BELGIQUE: Hist. univers.*, t. I, II part.

³ *Cartas edífic.*, t. IX.

⁴ Lib. II, carta V.

⁵ *Hist. de la relig. pers.*

¹ *Les Trad. de l'Inde.*, t. I.

² *Cartas edíficantes*, t. XIII: *Carta de P. Bouchet*.

ción del mundo en esta forma: « Como se hallase solo el gran Dios y ansiase hacer demostración de bondad y poder, decretó criar el mundo: á éste fin hizo los cuatro elementos. No bien fueron criados, se juntaron y confundieron unos con otros. Separólos la Omnipotencia divina, soplando primero por un tubo, ó cosa tal, en las aguas, y ellas, agitándose y revolviéndose con el soplo, formaron un cuerpo redondo, á guisa de huevo. El huevo fué poco á poco dilatándose hasta componer el clarísimo firmamento, que como círculo abraza el mundo entero. Del resto de las aguas y de sus heces formó Dios una bola redonda, á que dió por nombre mundo inferior, siendo tierra su parte sólida, y agua la más fluida. Ambas partes juntó en un mismo globo, y á causa del estruendo de los truenos, situóle en medio del firmamento. Hizo después el sol y la luna, señaládoles por oficio el diferenciar tiempos y estaciones. Así se desentrevieron los elementos y fueron asentados cada cual en su lugar. Súbitamente el aire hinchó los huevos, el fuego cebó las cosas con su calor, y la tierra y el agua produjeron las criaturas vivientes, según sus respectivas cualidades. Después comunicó Dios á estas criaturas virtud seminal para propagarse y dar fruto. Así criada la universalidad de las cosas, coronó Dios su obra con la más portentosa de todas, la creación del hombre. Fué éste formado en las entrañas de la tierra, asomando primero la cabeza, luego los brazos, y así todo el cuerpo; al cual concedió Dios alma y vida. Dióle por compañera una mujer, parecida á él más en el alma que en el cuerpo ».

En esta cosmogonía, más grave y razonable que las pasadas, resplandecen mejor las conveniencias que tiene con la de Moisés, y su vecindad con la primitiva revelación; mas, ¿quién,

notadas las diferencias, no alcanza la mejoría que puede recibir?

Los bramanes del Malabar enseñan que el sumo Criador de los dioses y de las cosas, primero que diese á luz el mundo, se transfiguró, tomando aspecto de huevo; de éste salieron los cielos, la tierra y demás seres. Del propio Dios supremo derivó su origen un cierto ente á quien llaman Kivelinga los malabares, y le rinden adoración en sus templos. Este Kivelinga produjo otros tres muy venerables, Brama, Visnú é Ispara; Brama crió las cosas, Visnú las conserva, Ispara un día acabará con ellas ¹.

Pocos siglos antes de Jesucristo el bramanismo se trocó en budismo, saliendo á pública luz las explicaciones del sistema de Manú, que habían quedado como en flor. La cosmogonía budista es un tropel de sueños desvariados y descomunales, incomprensibles á la humana fantasía. Pone primeramente á Buda eterno, existente por sí, en la cumbre de los seres. Contemplando en sí mismo produce cinco Budas, que hacen los mundos en número y duración inmensurables. Cada mundo está dispuesto en órdenes de criaturas por el grado de su dignidad, desde los más perfectos y puros, hasta los dieziséis infiernos, donde pagan los malos su merecido; y purificados, se tornan anipales, hombres, dioses, y suben á la región de la paz á gozar sin tasa de tiempo en compañía de los seres perfectos. El mundo terrestre es particita del mundo universo. Cada Buda patrocina á diezochó mil mundos, y el número de Budas es sin número. Estos mundos se tocan en seis puntos en el espacio. Es digno de grande consideración el monoteísmo que prevalece en esta cosmogonía; pues coloca al ser supremo rodeado de cinco deidades medianeras que le sirven para go-

¹ Hist. univers. de los Letrados Ingleses, tomo 1, introducción.

bernar las criaturas, dejando del todo en sus manos las riendas del mundanal gobierno. Mas el desorden, la confusión y la trama de embustes ofenden y violentan la vista, y prueban harto cuántas leguas distan de la claridad, conexión y orden que en Moisés admiramos.

ARTÍCULO III.

Cosmogonias mejicana, mixteca, iroquesa, peruana, egipcia y griega.

EXCUSADA pretensión sería pedir cosmogonias á las gentes americanas, que poseen apenas tradiciones y vivieron en tanta ignorancia y rudeza. Los mejicanos, que fueron la nación de más cultura entre todas, estaban enriquecidos con noticias importantes. Á juicio de los que historiaron sus costumbres y religión, celebraban la excelencia de un ser supremo, á quien llamaron Teotl (Theos-Deus), y dábanle veneración y el mejor lugar entre todos los dioses, aun después que hubieron caído en la idolatría. Le juzgaban alma del mundo y artífice de cielos y tierra. Pintábanle manco, y representaban en su figura la fuerza, el señorío y la majestad. No le desembarazaban del gobierno de las cosas, como los orientales, poniéndole en manos de dioses subalternos; pero de tal manera trastrocaban y revolían la creación de las cosas, que es laberinto inexplicable y sin salida el relato de su historia. Entre otras fábulas, contaban que el mundo duró tiempo sin sol ni luna, que fué renovado en diversas veces (la común opinión eran tres), y que la postrera renovación había ocurrido cincuenta y dos siglos antes de la era cristiana. « Tal vez, juzga el Padre Hervás que resume su teogonía, entendían por esta renovación última la

que siguió al diluvio, del cual tenían claro conocimiento ».

Los mixtecos conservaron una cosmogonía más circunstanciada que los mejicanos, aunque más quimérica, si cabe. « En el año y en el día de la obscuridad y tinieblas, antes que fuesen días ni años, estando el mundo abismado en tanta negrura que todo era caos y confusión, la tierra estaba cubierta de agua, ni había en su sobrehaz otro que limo y cieno. » Así abre la relación Fr. Gregorio García, de la Orden de Santo Domingo, en su libro *Del origen de los judíos mixtecos* ², y prosigue narrando aquellas ficciones de un dios culebra-león y una diosa culebra-tigre, padres de todos los dioses; mas al cabo profesaban los mixtecos el caos, la existencia del agua y todo lo que con eminencia contienen los dos primeros versos del Génesis.

Menos fabulosa era la creencia de los habitantes de la Virginia. Decían, según lo que refiere el P. Mailla citado por el dicho P. Hervás, que « un solo Dios, grande, eterno y primado había en el principio producido los dioses de primer orden que le sirviesen de ministros para crear y gobernar todo lo demás. El Dios sobrepujante crió el sol, la luna y las estrellas, que son como semidioses ó instrumentos de otro orden inferior. Las aguas fueron las primeras, y de ellas fabricaron los dioses todas las cosas visibles é invisibles ». Esta noticia de la creación de los animales por ministerio de dioses subordinados, común á los orientales, viene á ser conmemoración del Génesis, que nos pinta los animales saliendo de las aguas.

Los iroqueses, con ser tan salvajes y zafios, guardaron la memoria de la creación, como el P. Lañiteau la expone, escribiendo, entre otras cosas, que en el fondo de las aguas formóse una isla,

¹ Storia della terra, p. 1, capo iv.

² Lib. v, cap. iv.

³ CLAVIJO: Historia de Méjico, l. vi.

que creciendo, creciendo, dió nacimiento á la tierra continental¹.

Las naciones bárbaras de la Luisiana y del Mississippi, al estilo de los iroqueses, hacían memoria de una mujer que vino á caer volando en el caparazón de una tortuga, y de las aguas hizo salir la universalidad de las cosas. Varias y ridículas son las fábulas de los caribes, californios, tarascos, peruanos; en ellas no echan en olvido á un Dios criador del cielo y de la tierra, diferente en naturaleza del sol y de los demás seres. ¿Quién, pues, osará poner la sencillez, claridad y gravedad de la narración mosaica al lado de lo ridículo, grosero y antojadizo de las cosmogonías de estos pueblos, que si encierran substancia de inestimable verdad y se eslabonan entre sí con notables conveniencias, demuestran en los arcos indecentes con que las visten, que solamente la de Moisés tiene el privilegio de la mejoría y perfección?

Poco es lo que alcanzamos á ciencia cierta de la tradición de los egipcios; á la creación de las plantas y de los astros se reducen casi todos los conocimientos arqueológicos que del Egipto hasta ahora poseemos²: siendo tan escasa é imperfecta, apenas puede proponerse un ligero rasguño. «Ammon Ra es el principio superior, increado é invisible; Osiris é Isis manifestaciones de sus atributos divinos; Horus hijo de Osiris é Isis.— Todo era agua en el principio; existió el caos; unido al Espíritu de luz hizo un huevo; el Espíritu produjo á Vulcano, dios del fuego, y soplando Vulcano (*Phtah*) partió el huevo, y salió el cielo y la tierra, y de aquí Isis y Osiris, el primer hombre y la primera mujer.» Esto es cuanto Maneton dejó escrito (260 A. C.) en su historia de Egipto, y lo trae Eusebio³. En los libros de Hermes Trismegisto,

¹ *Mœurs des sauvages*, t. 1.

² *Transact. of the Society of Bibl. arch.*, t. iv, 1875.

³ *Chronie.*, lib. 1, cap. xx.

por otro nombre Tot, se vislumbra algún barrunto de cosmogonía. «De-seando conocer á Dios, cuenta, quedó arrebatado en éxtasis, y vió una lumbré y en el centro oyó una voz que decía: Yo soy la luz, yo el entendimiento, yo el germen del pensamiento, el Verbo esplendoroso, el hijo de Dios. Y preguntando Hermes de dónde se derivaban los elementos de la naturaleza, fuéle respondido: de la voluntad de Dios; Dios crió con su palabra otra inteligencia obradora, que es Dios fuego y Espíritu de Dios, y luego formó siete agentes que rigen el mundo material, y el hombre entre todos los animales es el dotado de inmortalidad.»

En este bosquejo se contienen las ideas de Platón y de Sócrates. Y pues es cosa averiguada que los griegos tomaron prestada su ciencia á los egipcios, á Hermes deben en gran parte aquellos filósofos sus filosofías. Si paramos en el juicio del eminente egiptólogo Champollion, los libros de Hermes son de incontestable autenticidad⁴. Apenas parece creíble que digan los racionalistas no haber hecho más Moisés que compendiar los libros de Hermes; ¿de dónde sacaría Moisés la creación de los animales y vegetales, de los astros, y tantas circunstancias que pasa en silencio Hermes? ¿Y por qué no entremetió, como él, con el monoteísmo un politeísmo simbólico personificando los atributos divinos? Y aquí se descubre claramente lo que antes se dijo, que Sanconiaton no tomó de los escritos de Tot egipcio sino lo que interesaba á su dañada intención. Porque es verdad llana que los egipcios más antiguos confesaban deberse la creación á un Ser Supremo, mente ó razón obradora. Así de ellos lo testifica Porfirio⁵, y se saca bien del huevo que, según Porfirio, echó Dios por la boca al criar el mundo; porque

⁴ *Egypte ancienne*, p. 139.

⁵ *EUSEB.: Prepar. Evang.*, lib. iii, cap. iii.

el huevo, solemnizado en todas las cosmogonías, como dice Macrobio, era cifra sagrada que simbolizaba el mundo⁶, y claramente lo pregonan los vetustos monumentos cuando nos dibujan la serpiente enroscada en la cáscara del huevo⁷; fuera de que ¿quién duda ya que en los misterios eleusinos hacían los egipcios profesión de la unidad de Dios Criador y Remunerador, según que Cicerón lo declara⁸? Y así Sanconiaton no trasladó de Tot lo que cumplía á la fidelidad, sino á su perversa incredulidad.

Si nos acercamos á la Grecia y examinamos sus antiguas relaciones sobre el origen del mundo, hallaremos las de Orfeo, tenido por el más antiguo de sus poetas, no embargante las opiniones contrarias que de su persona han corrido. Dejando á Plutarco, Macrobio y Eusebio de Cesaréa, que traen muchas noticias de la doctrina de este divino cantor, quien compendiosamente nos ha transmitido su cosmogonía es Timoteo el Cronógrafo, interpretándola de la manera siguiente: «En el principio crió Dios el éter, ó sea el cielo. El caos rodeaba el éter; una obscurísima noche se extendía más allá de la región etérea. Existía un ser incomprendible, nobilísimo, antiquísimo entre todos, aún más que el éter mismo, porque de todo era el Hacedor. La tierra, por la obscuridad que la envolvía, era invisible; pero lanzada la luz mediante el éter, todo el mundo se iluminó. Esta luz fué llamada por Orfeo la criatura más antigua y fuente de vida; por su virtud recibieron ser el sol, la luna, etc. El humano linaje fué formado de tierra por la divinidad, y el hombre informado de alma racional». Estos son los puntos más principales de la cosmogonía de Orfeo, el cual no debe confundirse con otro ú

otros de que hay memoria, cuyas doctrinas rebosan absurdo paganismo y fantástica novedad. Ya decía Cicerón: «Que el poeta Orfeo nunca existió, lo enseña Aristóteles». Taciano, siguiendo á Heródoto⁹; juzgaba que los poemas que llevan el nombre de Orfeo son obra de Onomacrito¹⁰. Por estas y otras razones, Vosio¹¹, Huet¹² y muchos críticos modernos tienen por cierto que Orfeo no existió. No nos empeñaremos en esta contienda; pero ello no debe dudarse que los poemas de Orfeo son voces de una tradición antiquísima.

Á los poetas griegos fué muy usual la idea del caos, ó sea la materia informe. Así, Hesíodo, que vivió ocho siglos antes de Cristo, da principio á su cosmogonía diciendo: «primera-mente fué el caos (*καὸς*); luego la tierra, y después el amor, el más hermoso de los dioses inmortales». Propánides, tenido por maestro de Homero¹³, encabeza así su historia de los dioses: «Durmiendo Demagorgon encorvado en el antro de la eternidad, sintió rumor en el seno del caos: despertó, y extendiéndola la mano sacó de allí el pleito y la discordia, luego las tres parcas y á Pan, á quien dió para gobernar las vicisitudes de las cosas. Después dió á luz la tierra y el cielo».

En los *Pájaros*, del cómico Aristófanes, leemos: «En el principio; os dije, existió el caos, Erebo y el extenso Tártaro. No había tierra, ni cielos, ni aire. La noche con sus negras alas lanzó un huevo en el seno de Erebo, y poco á poco fué saliendo del huevo el amor benéfico con sus alas doradas á modo de impetuoso torbellino. Del amor uni-

¹ *De Natura Deor.* l. 1, §8.

² *Lib. vii, cap. vi.*

³ *Disc.* á los griegos.

⁴ *De arte poetica*, cap. xiii.

⁵ *Demonst. Evangel.*

⁶ *Boccaccio: Genealog. degli Dei*, l. 1, capo iii.

do al caos nacieron los hombres y los animales. Antes que el amor mezclase las cosas no había dios alguno, pues de tal mezcla se originaron tierra, cielos y la tropa de los dioses». No le va en zaga el trágico Eurípides: «En un tiempo, dice, el cielo y la tierra eran en la misma formación fundidos; la separación de entrambos ocasionó el nacimiento de todas las cosas, plantas, animales, etc. Esto lo hemos recibido de la antigua tradición.»

ARTÍCULO IV.

La etrusca.—La romana.—La germana.—Cotejadas todas con la mosaica, cuanto á la forma y cuanto al fondo, resultan conveniencias y discrepancias, y aventajada excelencia en la de Moisés.

SEÑALADA ES la cosmogonía de los etruscos, nación antiquísima en Italia, muy insigne en conocimientos naturales, y mayormente celebrada por el estudio de los agüeros, según consta en Diodoro Sículo¹ y en Cicerón². Hallamos en un autor anónimo, mencionado por Suidas, que á estos particulares reducíase su historia de la creación: «Dios, autor del Universo, hubo de ocupar doce mil años en la fábrica de las cosas, repartiéndolas en doce espacios. En el primer período, que era de mil años, crió el cielo y la tierra; en otros mil años el firmamento que ahora vemos; igual tiempo empleó en las aguas del mar y en la formación de la tierra; en el cuarto período encendió llamas en el cielo, el sol, la luna y las estrellas; en el quinto dió ser á las aves, peces, insectos y animales cuadrúpedos; en el sexto, en fin, al hombre». Hasta aquí el desconocido autor³, de cuyo crédito no tenemos más fiador que á Suidas que le

¹ Citado por Eusebio: *Prepar. Evang.*, l. i, cap. iv.

² Lib. v.

³ *De lege*, l. ii, cap. xviii.

⁴ Suidas en la palabra *Tyrenni*.

cita. Si no vivieron los Etruscos en trato con los hebreos (así lo piensa el eruditísimo P. Hervás⁴), es cosa que pone admiración cómo anduvieron tan acordes con la Biblia en las seis épocas, en el repartimiento y orden de las obras, siendo más de espantar la larga duración de los períodos: grande es el resplandor que arroja á la vista esta cosmogonía comparada con las demás naciones de la antigüedad.

La latina nos la trazó el poeta Ovidio en sus *Metamorfosis*, libro i, en esta forma: «Antes de la creación del mar, de la tierra y del cielo, la naturaleza tenía un semblante uniforme, que se llamó caos, bulto sin alioño y desordenado. Era mole inerte y encerraba las simientes de todas las cosas endesorden y entropel. Ningún sol daba luz, ni brillaba la luna, ni la tierra hacía movimiento. El océano tampoco la ceñía; lo que hoy es tierra era á la sazón agua y aire. La tierra sin consistencia, el agua invadeable, el aire tenebroso; no había cosa formada, todo en lucha, frío con calor, húmedo con seco, duro con blando, ligero con pesado. Dios y la naturaleza deshicieron el caos, separando la tierra de las aguas, y el cielo acuoso del aire denso. Cuando los hubo Dios retirado de la masa oscura é invisible, juntólos en amigable consorcio. El fuego centelleó en lo alto del cielo; cerca de él colocóse el aire liviano y debajo la tierra pesadísima». Esta pintura es á todas vistas hermosa, quizá la más acabada entre las expuestas narraciones, y junta con la griega demuestra su afinidad con la bíblica. Así y todo, dista infinito de poder ser levantada á la majestad de la de Moisés; la eternidad que presupone en la materia y la ninguna memoria del soberano Criador, hacen que se quede toda en vileza y fealdad. Finalmente, la germánica, narrada

⁴ *Idea del Universo*, t. xi, parte i, cap. iv.

en la Edda, se aparta de las anteriores, no tanto en lo esencial, cuanto en los mitos y relaciones fabulosas que la entenebrecen. «Muchos siglos antes que saliese á luz el mundo, pareció el país de las brumas, la obscuridad primera, ó mundo inferior; en su centro el pozo ó sima con sierpes infernales, el tártaro ó infierno. Hacia el sur existía un mundo, el mundo de la luz, que era cielo superior, tan resplandeciente y encendido, que para quien no estuviere hecho al calor era insoportable. Así que los vapores del país brumoso hubiéronse apartado de su origen, trocáronse en hielo, y las masas de hielo resbalaron y dieron consigo en la sima del espacio vacío. Mas el campo de la luz se explayó y vino á derretir el hielo; las gotas líquidas recibieron vida del que despedía calor; de aquí nació la primera forma humana.» Á este paso va el Edda amontonando sombras poéticas y fingiendo quimeras, que señalan con el dedo la formación de Adán y Eva y la existencia del diluvio universal, como podrá ver el curioso en las *Tradiciones de Luken*¹.

Por poco que se tanteen las circunstancias particulares de las relaciones descritas hasta aquí, se descubrirá fácilmente que la del Génesis encierra en sí todas cuantas bellezas hay en todas las otras juntas. El estilo en que escribió Moisés es propio y muy ajustado á la grandeza del asunto: á sucesos de alta importancia, como los que en este primer capítulo se narran, ¿qué otra manera de decir convenía sino llanisima, gravísima y sumamente comprensiva? La artificiosa poesía y los ambages nebulosos que abundan en las otras, ¿qué hacen sino deshonrar la majestad de las cosas? Los embolismos también y los mitos quitantes aquella sencillez que debe acompañar á los acontecimientos históricos,

¹ T. i, lib. i, chap. ii.

haciéndolos ridículos y enojosos en vez de sabrosos y crebles: muy al revés en el Hexámeron, todo es llaneza, orden y claridad; todos los días se traban maravillosamente unos con otros sin violencia ni oposición; todas las obras caminan por sus pasos naturales con ordenadísima variedad hasta el descanso del Criador, componiendo unidad perfecta y encaje en todas sus partes; con que siendo una la cosmogonía mosaica, vale por todas y sobre todas dilata su no comparable esplendor.

Erudita y copiosamente realiza esta excelencia el escritor Delitzsch, en su *Comentario sobre el Génesis*, de la siguiente manera: «La cosmogonía de Moisés (dice) es la única que nos ofrece la idea pura de la creación *ex nihilo*, sin materia eterna, sin cooperación de seres intermedios ó demiurgos, cuando en las paganas se ostenta esta idea cargada de nieblas muchas veces; porque, ó bien suponen la materia existente, y entonces son dualistas, ó bien, en vez de la creación, admiten emanaciones, y son entonces panteístas. Además, éstas están selladas con un carácter puramente nacional, como quienes se han formado según el estilo mitológico de cada pueblo y por las influencias de cada país y clima; por el contrario, en la narración de Moisés no se descubre rasgo alguno característico de nación particular. Fuera de que ¿cuánto no se diferencia la una de las otras en la sencillez y nobleza de formas históricas! Porque así como el libro de Manú, por ejemplo, enseña que el germen divino echado en las aguas se trocó en huevo brillante como el oro, y después de habitar Brama dentro del huevo un año de creación (3,110 millones de años), le partió en dos pedazos, y de ellos fabricó el cielo y la tierra; y al modo que los babilonios ponen que Belo dividió en dos partes la naturaleza, sacando de ellas

á luz del cielo y la tierra, y que luego se tajó á cercén la cabeza, y la tierra empapada en sangre amasó y figuró las deidades; interin los egipcios hacen al Ra artífice divino, criando con sus manos dioses y diosas y echando al mundo de un voleo al hijo de Isis; la Biblia muy de otra manera, ya en el primer versículo presenta esculpida la majestuosa sencillez, sello imponente de verdad, y toda la narración corre tranquila, segura, clara y concisa, la exposición histórica llena de consideraciones profundas y de poética grandilocuencia, sin aparato de humanas ficciones, exenta de máximas filosóficas.¹ Hasta aquí el docto alemán.

Asombrados de tanta eminencia, muchos autores en nuestros días han acometido la empresa de demostrar cómo las tradiciones de todos los pueblos, desde oriente á occidente, de norte á mediodía, corresponden á maravilla en la substancia de los sucesos, y á veces en mínimas circunstancias, con la narración de Moisés.² Todas las sectas del paganismo, ¿qué son sino herejías de la religión primitiva? Pues qué, ¿los errores paganos son otra cosa que abusos de verdades antiguas? No queremos decir que la cosmogonía mosaica haya servido de texto original, donde las demás hayan venido á corromper y depravar. «No es posible (decía el viejo católico Reusch) suponer que todos los pueblos hayan recibido de los hebreos sus tradiciones, por más unas que sean en el fondo; ni el autor del *Genesis*, ni otro judío en general, puede ser tenido por único depositario de los primitivos documentos; necesario es admitir un primer manantial común, donde judíos y gentiles bebieron la misma doctrina, la cual debe ascender á aquella época en que el linaje huma-

¹ III, p. 80.

² KURTZ: *Bibel und astronomie*, 1858.

no conservaba unidad perfecta sin división de lenguas, sin separación de razas, sin diversidad de religión.»

Atinadamente y según razón discutir este doctísimo escritor. El pueblo de Dios alzóse con particular ventaja sobre las naciones de la antigüedad, ni tenía por qué abatirse á mendigar en arroyuelos extraños el que poseía en su seno el río caudaloso de la castiza tradición. El Hexámeron de Moisés viene á ser la flor y la médula de las demás narraciones, el documento más auténtico, página llena de primor y gracia, el primer capítulo de la verdadera historia del mundo³; siendo tal, tiene excelencia, no como quiera, sino tan absoluta y soberana, que se adelanta y deja atrás todas las leyendas y relaciones antiguas, pues en ella se halla con exceso lo mejor y más perfecto de todas, descendiendo limpia é inmaculada de la primitiva revelación. Las otras, como ciegos sin guía y saeteros sin ojos, aunque estribando en el antiguo fundamento, á tantos desatinos se arrojaron, tantas torres de viento levantaron, fabricaron tantas quimeras, que, desquiciada la verdad, la dejaron sepultada en sombras incomprensibles; aun así, yendo á tientas, dieron sin entenderlo en el blanco, y conspiraron, disponiéndolo así Dios, á la demostración y crédito del relato de Moisés; por manera, que si en los pasos extraviados mostraron ser hijos pródigos, en el norte que seguían se acreditaron de hijos legítimos de la verdad revelada.

De lo expuesto en este capítulo cuatro cosas podemos concluir: primera, que los embolismos de las cosmogonías gentílicas testifican, aunque con obscuras conveniencias, una común verdad; segunda, que la unidad de Dios, la existencia del caos, la creación de

³ *La Bible et la nature*, leçon 11.

² *L'hist. de l'Acad. des inscriptions*, t. 12: *Origine des loü.*

las cosas, la fecundidad de las aguas y otras tales, son verdades que duraron sin corrupción en la memoria de los pueblos más remotos; tercera, que en claridad, simplicidad, cordura y casta verdad sobrepuja infinitamente el Génesis á todas las cosmogonías; cuarta, que, aun resumiendo las diferencias más razonables de todas ellas, nunca llegan á dar razón tan cabal, perspicua y comprensiva como la narración de Moisés. ¿Tan lejos estuvo el legislador hebreo de tomar prestados á las civilizaciones antiguas los elementos de su historia! Quien se cerrase á toda consideración y negase la luz de estos evidentes asertos, no tendrá más remedio que echar el pie en vacío y abalanzarse imprudente á venturosas cavilaciones.

«Todos aquellos sistemas cosmogónicos, dice Donoso Cortés, á vueltas de grandes diferencias, tienen entre sí una grande semejanza: consiste ésta en

que en todos ellos hay una desproporción infinita entre el principio, el medio y el fin; entre el agente, la acción y la obra; entre el criador, el acto, su creación y la criatura. En todos ellos, el universo... es superior en dignidad y en belleza al Criador que le crió con su voluntad, al agente de quien fué obra y al principio que le llevaba en su seno. Cosa que no causará maravilla, si se considera que el universo es hechura de Dios; mientras que su Criador, en todos los sistemas cosmogónicos, era hechura de los hombres. ¿Qué mucho, pues, si la obra del Criador era superior á la obra de la criatura?... ¿Dónde se encontrará el hombre que, siendo parte del universo, pueda acometer la hazaña de idear un Dios más grande que el universo, si no está inspirado por Dios?... ¿Quién puede ser ese hombre, sino Moisés?»

¹ T. III, *Bosquejos hist.-filos.*, 2.^o

